



NA

GRAJEDA MENA

y su arte

TIENE Guillermo Grajeda Mena un amplio y bien cimentado sentido del color y de la forma, así como del volumen y de la estructura, explotado en toda su obra plástica; pero más evidente en sus dibujos. Es un artista definido, nacido a la luz plástica nacional junto a los elementos valiosos que engrosaron filas al lado del movimiento revolucionario de 1944, cuando la lucha contra la tiranía ubiquista culminó en triunfo y dio palmas nuevas de victoria y direcciones hacia diversos rumbos a la patria: Siendo uno de ellos, indudablemente, el de la cultura, las artes, las letras.

Podríamos perfectamente colocar junto a los nombres de estos artistas nuestros, aquel pensamiento de Henri Lefebvre: "...hubo en la historia del arte los **introdutores de realidades**, quienes, en y por su obra, hacen irrumpir una realidad nueva o hasta entonces desapercibida, realidad que encuentra su modo de expresión más o menos bien, más o menos rápidamente". (Lefebvre, Henri: **Contribución a la estética**).

Podríamos, frente a lo anterior, hacer una radiografía o disección de este movimiento nuestro; podríamos, inclusive, remontarnos hasta finales del siglo, cuando, en 1896, Rubén Darío publica sus "Prosas Profanas", asistiéndose con ello al alumbramiento del modernismo americano en las letras. Con ello, también podríamos recordar algunos ingredientes que principiaban a hacer mella en las esferas europeas, verbigracia la artista Katha Kolwitz, en Alemania, plasmando estampas en torno a la huelga de los tejedores de lino de Silesia que había provocado (después del asalto de los obreros a la casa que ocupaba el fabricante Dreissger) una brutal embestida de represión de la fuerza pública, por parte del ejército y la policía.

La evidencia y reflejo directos de esta acción quedó constituida en el hecho vibrante y genial de demostrar que era factible (y bien factible), hacer a un lado el tradicional manejo y tratamiento estético, dando paso al sentido social en la plástica y otorgándole el valor que para sí demandaba por cuenta propia.

En Guatemala, por los recodos de la Revolución de 1944, bramaba el toro su embestida y pulía el día la luz. Así, tenemos la asistencia similar a la anotada en Europa, por parte de nuestros artistas. Se va a dar el golpe a la forma tradicional y se va a desembocar en una concepción plástica más realista, que otorgue a los maestros nacionales la oportunidad de volcar plásticamente sus vivencias efectivas, los dolores y lacras nacionales, la realidad y consecución de sus principios estéticos y una dirección más firme o bien una brecha más expedita para lograr esa dirección y no solamente preguntarse el remanido "¿Hacia dónde vamos?", sino explicarlo en forma plena, lograrlo estéticamente y vitalmente, sin olvidar el origen y los pasos dados como en cualquier estatuilla de hombre, sino reafirmandolos irreversible y to-

catálogo.
NOV. 1969.

talmente en vibrante conjunto escultórico en que, para bien nuestro, el dicente no recurre al singular **ego** ni al mirador tradicional; sino, más bien, se explaya en el contorno de lo plural y da por tierra con la estructura que asentó y asestó (y con la que complotó) la tradición: Como ahora, en 1969, lo hace a su manera —valiosa y cálida— el nuevo y bien centrado y valorado **Grupo Vértebra**.

Cuando Guillermo Grajeda Mena nació, el fragor de la primera guerra mundial aún se anudaba a las gargantas de los justos y de los injustos y la lucha por los diferentes estadios del **poder y la gloria** (recordemos la narrativa de Graham Greene) se hacía más evidente.

Cronológicamente esta secuencia bien puede no importarnos: Pero vitalmente sí interesa. Porque el sonar de campanas llama siempre al hombre; porque la evidencia muerde a la viscera; porque el llamado del hombre decide el paso de la humanidad.

Así, en México, donde brotan valores de la talla de Rivera, Siqueiros, Posada, Orozco, también se dan los fenómenos antes anotados. (En los años finales del siglo pasado, el porfiriato se daba cita con la crisis estructural; los obreros del tejido alzaban su protesta porque se les trataba de impedir la lectura de periódicos y llevar bufandas, amén de obligarlos a trabajar dos veces en semana hasta la medianoche). Siqueiros nace justamente cuando Rubén, de Nicaragua, publica sus ya citadas "Prosas Profanas", 1896. Para ese entonces, Diego Rivera contaba con escasos pero precoces diez años, Posada (José Guadalupe), el de la obra irónica y vital, llegaba ya a los cuarenticinco, y Orozco, por aquellos años, contaba trece.

Para nuestros artistas todo esto era vitalmente desconocido. Sabían que Carlos Mérida había sentado sus reales desde varios años atrás en la hermana república de México, donde asistía al triunfo y saboreaba la presencia de corrientes novedosas que habrían de imprimirle una nueva trayectoria y dinámica a su expresión estética. Sin embargo, como en el caso de los juegos pirotécnicos contemplados de lejos, a nuestros patios sedientos tan sólo llegaban los relumbrones de la audacia y el eco del estallido.

"Pero, a pesar de nuestro aislamiento con la vida artística de otros países, nosotros logramos abrir una pequeña brecha (indica el propio Grajeda Mena: Presentación de Juan de Dios González en catálogo de su exposición, marzo de 1969, sala 'Enrique Acuña', Escuela Nacional de Artes Plásticas), aprovechando la atmósfera de libertad que trajo la gesta cívica del 20 de octubre de 1944; en concreto, lo que hicimos fue acabar con el aislamiento y la falta de libertad de acción, fundando la Asociación de profesores y estudiantes de Bellas Artes, y pidiendo públicamen-



ME
NA

te que se pusiera en práctica un plan de estudios adecuado a nuestra época”.

Ya los nombres de Guillermo Grajeda Mena, Dagoberto Vásquez, Juan Antonio Franco, y otros más, se habían hermanado para continuar una senda plural, abierta a las nuevas concepciones y hábitos estéticos y libertarios; senda marchada con amplitud imaginativa, con definido fervor plástico, cívico y humano, con forma y contenido claramente moderno. En síntesis: Con verdad, pasión, arte.

Guillermo Grajeda Mena se encaminó a nuestras raíces. Hurgó en el mundo indígena; proliferó en esbozos y realizaciones; no sólo fue el boceto ni la caricatura de trazo auténtico. Siguió adelante y fue también la piedra y el lienzo y el dibujo. Y vino el viaje. El irse y el tomar camino para tornar después a las amadas latitudes y el ver pasar los años siempre firme y siempre en marcha: Junto a aconteceres vitales que iban marcando más su senda, puliendo más su tránsito, reafirmando su vocación.

¿Qué más decir de frente a lo anotado? Si el diálogo recoge las esencias, si se recuerda la actitud de Worringer (y otros, desde luego), frente al arte; y lo contemplamos con sus jóvenes y abundantes años plantearnos sus interrogantes; si el itinerario recorrido nos lleva incuestionablemente a identificar la vía amada; si la cáscara de nuestro ropaje hace más expedito el paso al interior de nuestra vida y no la enclaustra en actitud conservadora; si la lucha por el hombre y el dolor por su caída está patente en las realizaciones; en fin, si caminamos unidos, trenzados y limpios hasta donde sea posible con nuestra fe en la vida, sin relumbrones ni exclusivismos ni falsos asideros: Con la sonrisa a flor de labio, pese al dolor y al desaliento, entonces ¿qué más decir?

Guillermo Grajeda Mena va así: El humor va con él, la obra va con él. Más de cinco lustros de su labor artística están patentes en obras escultóricas que nos llegan directamente por la vía ancha de nuestro mundo indígena; en relieves y apuntes o realizaciones murales; en ejecuciones al óleo o caricaturas históricas del medio; en viñetas, dibujos de trazo seguro y sugerente o en simples bocetos que denuncian una intención; en niñas pensativas leyendo tibiamente en el césped de su esperanza o en cristos de madera; en cabezas de mujer, en curvas amplias, en estudios diversos.

El tiempo, ya corrido, entrega pautas. Y será él, el tiempo incontenible, el que —lo ha anotado el propio Guillermo Grajeda Mena— se encargue de “identificarnos con el barro y con el sol de estas latitudes”.

Guatemala, 1969.

Carlos ZIPFEL y GARCIA

23

